

de los blancos concesionarios, los malgachos emigran á Madagascar, donde se enervan lastimosamente en la miseria á los alrededores de Elsvilla. No se les puede obligar á ninguna clase de trabajo, como no sea por medios extraordinarios.

Para las plantaciones solo se emplean como trabajadores macoos y cafres, raza por demás resistente al trabajo; pero son conducidos y precisados á él por algunos árabes que ejercen audazmente este pequeño comercio de carne humana.

Al efecto tienen sus establecimientos en la costa de Africa, de donde parten en expediciones para esplotar los pueblos vecinos. Todos los medios conductores son buenos para ellos: los compran, los seducen, los arrebatan. A veces, y por medio de diges y telas de colores vivos, atraen á las incautas jóvenes, que vienen al fin á parar en el cercado. Cercado digo, porque no teniendo abrigo que darles, las guardan como al ganado, dentro de una alta y cerrada empalizada, donde les arrojan la comida diaria, ni mas ni menos que á los inmundos animales. Para los transportes, los árabes solo tienen unos barcos de 50 á 80 toneladas, provistos de fuertes velas, á favor de las cuales pueden rápidamente huir de los cruceros burlándolos fácilmente.

No pasando la tripulación de uno de estos barcos, de tres ó cuatro hombres, los árabes debilitan á sus cautivos para poder dominarlos. Cada día les disminuyen la ración, y cuando los infelices se dejan caer desfallecidos, los embarcan sin resistencia continuando el mismo sistema durante la travesía. Aun añaden el terror á tan mal tratamiento, haciéndoles creer que los blancos, á quienes han de ser vendidos, los compran para comérselos. De esta manera aceptan los desgraciados el hambre que los devora, temiendo que la obesidad precipite su destino.

Como la esclavitud está prohibida, los negros son primeramente transportados á Moheli ó á Anjuan, donde ciertos tratantes los reciben de manos de los árabes aparentando un empeño voluntario. ¡Qué iniquidad! Los ingleses que cruzan el canal de Mozambique, bajo pretexto de prohibir la trata, hacen un oficio no menos humanitario que los árabes. Persiguen, es verdad, á todo barco sospechoso, pero jamás les guía un sentimiento de humanidad: la esperanza del lucro los impulsa y nada mas. Y cuando un barco negrero cae en sus manos, cuelgan á los tripulantes, se apoderan de las mercancías, confiscan el barco y venden ellos mismos los negros en cualquiera de sus puertos: hé aquí lo que los ingleses llaman perseguir la trata. Tan comun es este comercio y de resultados tales, que cada comandante de crucero cede su puesto como una clientela al que le sucede.

El último, dicen, pagó 200,000 francos por el

derecho de practicar la piratería en toda la longitud del canal de Mozambique.

En Nossi-be recibimos nosotros por primera visita al jefe árabe Califan, negrero audaz, pero sin recursos á consecuencia de sus desafortunadas expediciones: los ingleses le habían apresado una gran parte de sus barcos. Este Califan, de astuta fisonomía y no mala figura, está en relaciones con los ovas, á los cuales sirve de espía; tengo la convicción de que él fue quien dió el aviso de nuestro arribo á los jefes amorontsangas, los cuales llegaron algunos días después que nosotros á Bavátubé para prohibirnos estacionar en sus aguas.

Antes de abandonar á Nossi-be, pudimos gozar, desde lo alto de las primeras colinas que circuyen la costa, una deliciosa vista. En primer término las viviendas malgachas diseminadas á la sombra de las palmeras, los mangues y los plátanos, la pequeña bahía de Elsvilla, la población y la casa del gobernador en medio de sus jardines; á la izquierda la sombría vegetación del Lumbé y la montaña verde alegre del Nossi-Cumba; en frente el mar de un azul espléndido, sembrado de islas rosadas, surcada de piraguas de blanquísimas velas, y 25 millas mas lejos los azulados contornos de Madagascar y las agudas puntas de las cimas de las Dos Hermanas.

La navegación en estos parajes no es mas que un paseo donde el suave movimiento de las ondas no podría afectar la sensibilidad de los nervios mas delicados. Mecidos tan blandamente, visitamos á Kisuman, primer punto de la costa; después desembarcando con frecuencia, toda esta deliciosa bahía de Basandava, cubierta en esta época de casas de pescadores nómadas. Bavátubé, cuyas formas remedan un monstruoso cangrejo, nos dejó penetrar en su gigantesca sierra, donde el temerario Darvo y encontró la muerte prosiguiendo la explotación de un terreno carbonífero, cuyas primeras escavaciones revelan la existencia de un vasto filon de ulla.

Sorprendido por los ovas, cuya autoridad recusaba Mr. Darvo, fue asesinado por orden de la reina Ranavalo. Nosotros visitamos el lugar, testigo de aquel crimen impune, vimos aun de pie algunos postes de su incendiada casa y mezclamos á tan tristes reflexiones sobre lo pasado, ardientes deseos de tomar reparacion de los insultos hechos por aquellos bárbaros al pabellon de Francia.

La costa Oeste de Madagascar está cortada, desgarrada, surcada de golfos, bahías y puertos: el mas importante es el de Bombetok, á la embocadura del rio Boeni. Este rio, que nace en las vertientes de Tanariva, es el mas considerable de la isla y ofrece el camino mas fácil para ir á la capital. La ciudad de Majonga, antigua posesion árabe conquistada por Radama I en 1824, defiende la entrada de la bahía.

Los ovas mantienen aquí una guarnicion de mil doscientos hombres, fuerza mas que suficiente para imponer respeto á la población indígena. Un fortin guarnecido de algunos cañones se eleva sobre la punta extrema de la costa. A 200 metros de distancia, y á la misma altura, se halla la población empalizada de los ovas, mientras que la antigua ciudad se estiende por la tierra baja de la costa. Corta fue nuestra permanencia en Majonga, porque debíamos visitar tambien á Moheli, á donde arribamos la mañana siguiente.

La isla de Moheli, sobre la cual ejerce Francia una especie de protectorado, está situada al Sur de la gran Comora, cuyos reflejos volcánicos se ven en la oscuridad de la noche. Tiene por vecina al Este á Anjuan, cuyo macizo se destaca en el horizonte como una azulada vela. Moheli está gobernada por una reina, Yumbe-Sulí, prima de Radama é hija de Ramanateka.

Ramanateka, fundador de esta pequeña dinastía, era gobernador de Bombetok bajo el cetro de Radama I. Al advenimiento de Ranavalo, sus enemigos poderosos en Tanariva, codiciando sus riquezas, exigieron y obtuvieron su muerte. Con tal intento fue llamado á la corte bajo el pretexto de conferirle ciertos honores: al mismo tiempo se espedia la orden de prenderlo, si rehusaba obedecer. Advertido de la traicion secretamente, y rodeado de algunos amigos fieles, consiguió burlar la vigilancia de sus asesinos, y se embarcó sin retardo con una suma de 40 ó 50,000 piastras, arribando en Anjuan, cuyo sultan le otorgó hospitalidad. En cambio él le ayudó eficazmente en sus guerras, haciéndose admirar por su valor. Muy luego el sultan, celoso de su mérito, y deseando apropiarse el pequeño tesoro que había llevado consigo, resolvió tambien perderlo. Preciado otra vez á huir Ramanateka, fué á refugiarse á Moheli, cuya conquista hizo por su propia cuenta; pero no podia sostenerse en su nuevo estado, sino luchando continuamente contra sus vecinos: en una de sus guerras destruyó hasta el último hombre de la expedicion enviada contra él á Moheli por el gobierno de Ranavalo.

Tenia Ramanateka dos hijas, Yumbe-Salama y Yumbe-Sulí: la primera murió, y la segunda, reina actual de Moheli, sucedió á su valeroso padre.

Yumbe-Sulí no tuvo competidor al trono del reinazuelo: todos los jefes de la isla la aclamaron, y siendo menor le adjuntaron un consejo de regencia. Durante este tiempo la joven reina, instruida por una francesa, se familiarizó con nuestra lengua y costumbres, y podia esperarse que abrazando tambien nuestra religion aseguraria á Francia en el porvenir una nueva colonia. Nada hubiera sido mas fácil, y dos oficiales de marina manifestaron deseos de enla-

arse con la hija de Ramanateka. Yumbe-Sulí era bella y se la suponía inteligente: no se podia apetecer mas. Pero al fin quedó en proyecto, Francia lo olvidó y llegada la edad nubil, los jefes de la isla resolvieron dar esposo á la princesa. A falta de oficial francés, enviaron á buscar á la costa de Zanzibar un árabe de buena familia, con el cual unieron muy luego á Yumbe-Sulí.

No teniendo personalmente ninguna convicción religiosa, la reina de Moheli aceptó sin violencia la de su marido y vino á ser mahometana. Y así están actualmente las cosas. Gracias á nuestro protectorado, las ligeras turbulencias suscitadas por las rivalidades de sus ministros están ya completamente apaciguadas.

A nuestro arribo á la isla nos apresuramos á ir á palacio á ver á la reina, quien se dignó recibirnos amablemente. El palacio real, situado en el ala izquierda de una pequeña batería que mira al mar, es proporcionado á las dimensiones del reino. Consiste en una casita blanqueada con cal que forma dos salas con aberturas moriscas. La primera, ó sea la de planta baja, está precedida de un patio, donde se ostentan todas las armas ofensivas de la isla, dos ó tres cañones de pequeño calibre, especie de falconetes, y los fusiles de la guarnicion. Esta, vestida de gran gala, nos esperaba, arma al brazo, y pasamos revista á diez y ocho soldados negros, con pantalones blancos y descalzos, completando el vestuario una como casaca roja á la inglesa, cruzada por dos correas de búfalo y unos chacós rojos tambien y agudos, á modo de mitra episcopal.

A nuestra llegada, el rey consorte, que nos habia acompañado, nos precedió á esta primera sala, estrecha y prolongada, donde la guardia permaneció de pie, mientras su alteza nos presentaba á los altos dignatarios de la corona.

Yo, en verdad, esperé cierta repugnancia en tocar las manos de estos personajes, de los cuales algunos me parecieron padecer sarna, sino lepra.

Sentados ya, la conversacion languideció, á pesar del intérprete, hablador jurado que no daba á su lengua punto de reposo. Esperábamos el momento de ver á la reina, á quien ya se nos habia anunciado, y que debia hacer, en gracia de las circunstancias, una esmerada *toilette*.

El gran chambelan vino al fin á decirnos que S. M. nos esperaba. El príncipe nos precedió mostrándonos el camino, y nosotros seguimos respetuosamente. La escalera que conducia al real aposento no tenia en verdad nada de real: era mas bien una escalera de pajar que tuvimos que subir con no poca precaucion: por fortuna era tan corta como estrecha.

El régio aposento era una repeticion de la sala de espera: solamente una cortina desplegada en el fondo,

separaba el tálamo de SS. AA., de la parte en que fuimos recibidos como en un salon del trono. Yumbe-Sulí estaba efectivamente sentada en una alta poltrona, apoyando sus reales plantas en un cogin. Asistíanla dos damas nobles; á la derecha su vieja nodriza, á la izquierda su esclava confidente. La reina de este pequeño Estado vestía una estofa turca de tisú de seda y oro que la envolvía completamente. Solo era visible su mano, por cierto muy linda; pero á pesar de la máscara que en forma de diadema cubría su cabeza, bien se adivinaba el conjunto de sus facciones. Sus ojos llenos de dulce y melancólico esplendor, nos miraban de vez en cuando, y su boca, un tanto muella, entreabierta, triste, revelaba una mujer abatida, y una salud arruinada por el clima y las exhalaciones morbosas.

Yumbe-Sulí aparenta mas edad que la que tiene en efecto; cuando la ví á la luz para reproducir sus rasgos, la calculé unos treinta y cinco años lo menos, cuando solo tiene veinte y ocho.

Dos tiernos vástagos, bellos como dos soles, son los príncipes herederos que han de reinar despues de ella. El estado enfermizo de la madre, me hace presumir que no tendrán tiempo de llegar á la mayor edad.

Nuestra audiencia se dilató una media hora, y debimos á la real munificencia unos refrescos de agua de rosa que no olvidaré en toda mi vida.

La isla de Moheli me ha parecido la mas bella de las Comoras; es la mas pequeña, pero la mas florida. Innumerables plantaciones de cocos le dan el gracioso aspécto de las tierras tropicales; inmensos *boababs* elevan sus troncos magestuosos como gigantes pirámides; mil sendas y caminos atraviesan la isla en todas direcciones, y algunos riachuelos, precipitándose desde lo alto de las colinas, prodigan á este rincón de tierra, fresca apetezible en tan ardoroso clima, agua límpida y pura para beber y para baños naturales, donde nosotros nos refrescamos deliciosamente.

Moheli es una isla, donde quisiera uno vivir en la paz y el silencio, lejos de los hombres, contemplando siempre aquella naturaleza vírgen y rodeado de aquel mar bermejo que hace del paraje un precioso oasis en su soledad inmensa.

No sin pesar la abandoné, por fin: debíamos tocar en Mayotta, volver á Nossi-be, Santa María y Tamatava; lo que exigía doce dias aun de navegacion antes de llegar á Saint-Denis de la Reunion, nuestra última etapa.



Carro de vela.

RELACION DEL VIAJE DE SHANG-HAI A MOSCOU,

POR PEKIN, LA MONGOLIA, Y LA RUSIA ASIATICA,

REDACTADA EN PRESENCIA DE LAS NOTAS DE MR. DE BOURBULON, MINISTRO DE FRANCIA EN CHINA Y DE MAD. DE BOURBULON.

POR MR. A. POUSIELGUE.

I.

SHANG-HAI.

El Mar Amarillo.—El Rio Azul.—Descripcion de Shang-Hai.—Los rebeldes tai-pings.—Asesinato de un misionero jesuita.—Sitio y defensa de la ciudad.—Los refugiados chinos.—Hambre.—El ejército rebelde se retira.—Escursion á la inmediaciones.—Pormenores de la vida de los europeos en Shang-Hai.—El campo de las corridas.—Recepciones.

Quando se penetra en el mar de la China hácia la paralela 31, llegando del Sur ó del Este, hiere la vista repentinamente el cambio de color de aquellas aguas, que perdiendo su limpia transparencia, aparecen tan limosas y espesas, que cree uno ir nave-

gando en una masa de légamo. Es el famoso Mar Amarillo, al que dan el tributo de sus aguas los dos grandes rios de la China, entre los 30 y 35 grados de latitud.

El mas considerable de estos rios es el Yang-tse-kiang ó Rio Azul, asi llamado sin duda por antitesis, y que da acceso al puerto de Shang-Hai, situado cerca de su embocadura en uno de sus afluentes, ó sea el rio de Guang-Pu.

Mr. Bourboulon, ministro de Francia en China, habia abandonado á Macao hácia fines de mayo de 1859 y fijado su residencia en Shang-Hai, para estar mas cerca del teatro de la guerra y de los acontecimientos diplomáticos que pudieran sobrevenir.